9927

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL SANSÓN DE ALFAJARÍN

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL

MÚSICA DE

DON LUIS CONROTE

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

1

EL SANSÓN DE ALFAJARÍN

A D. Juan Dosch

v. d. d.

El Autor

OBRAS DRAMATICAS DE D. ENRIQUE ZUMEL

COMEDIAS

La pena del talion.
La capilla de San Magin.
El piloto y el torero.
El himeneo en la tumba.
Guillermo Sakspeare.
Una deuda y una venganza.
Enrique de Lorena.
Idem. (2.ª parte.)
La maldicion.
Un valiente y un buen mozo.
El gitano aventurero.
Un señor de horca y cuchillo.
La batalla de Covadonga.
Glorias de España.
Pepa la cigarrera.
8200 mujeres, por dos cuartos.
Llegó en martes.
El traspaso.
El segundo galan duende.
En cojera de perro.
Vaya un lio.
Diego Corrientes. (2.ª parte.) (2.ª edicion.)
La gratitud de un bandido.
José María.
Quien mal anda mal acaba.
La voz de la conciencia.
El deseado Príncipe de Asturias.
El hermano del ciego.
Tambien es noble un torero.
L. N. B.
Los guantes de Pepito.
Imperfecciones.
Un regicida.
Viva la libertad! (3.ª ed.
Ábrame usted la puerta. (2.ª edicion.)
El muerto y el vivo.
Laura.
Será este?
Si sabremos quién soy yo?
Las riendas del gobierno. (3.ª edicion.)
Doña Maria la Brava.
La hija del almogávar.
Otro gallo le cantara. (3.ª edicion.)
Batalla de diablos.
Un hombre público.
Un mancebo combustible.
Roberto el bravo.
La última moda.
Lo que está de Dios.
Una hora de prueba.
Cajon de sastre.
Oprimir no es gobernar.
Figura y contrafigura.
Los hijos perdidos.
El trabajo.
Prueba práctica.
Derechos individuales.
El robo de Proserpina.
No la hagas y no la temas.
Pasion y muerte de Jesús. (3.ª edicion.)
Astucias de un asistente.
Al que no quiere caldo la taza llena.
De doce á una.
El anillo del diablo.
La dama blanca.
La escala de la ambicion.
Un empréstito forzoso.
Batalla de ninfas.
El Nacimiento del Mesia.
Obrar bien, que Dios es Dios.
La leyenda del diablo.
La independencia española.
Un millon.
La montaña de las brujas.
Los locos de Leganés.
Guillermina.
La mejor venganza.
Por un suelto.
La hija del mar.
El correo de la noche.
Por dos millones.
Un predestinado.
La degollacion de los Inocentes.
Blanca Blandini.
He matado al mandarin.
El Vizconde de Commarin.
Francisco Pichardo.
Gloria á Bilbao.
Quimeras de un sueño.
El manco de Lepanto.
Los bandos de Cataluña.
Pastor y lobo.
Bienes vitalicios.
El talisman de Ságras.
Las influencias.
Fieras domestica amor.
Copias del natural.
Los consuegros.
El Mesias.
El torrente milagroso.
El asistente Quiñones.
La Diosa de la tempestad.
Abismo sin fondo.
Tres contra uno.

ZARZUELAS

Vivir por ver.
Aquí estoy yo.
La casa encantada.
La isla de los portentos. (M.ª de Rogel.)
El carnaval de Madrid. (M. de Vilamala.)
Por huir de una mujer (M. de J. Arche.)
La ley del embudo. (M. de Vilamala.)
La condesa Diana. (M. de Sabater.)
El cinturon de Hipólita. (M. de J. Arche.)
Infraganti. (Id. del mismo.)
Dos damas para un galan (M. de M. Nieto y A. Llanos.)
Teoría y práctica. (M de Taboada.)
Las dos llaves (M. de Taboada.)
Un lio en el ropero. (M. de Reig.) (1).
Los diablos del dia. (M de Taboada.)
Venir por lana. . (M. de Hernandez.)
¡Si era la otra! (M. de Reig.)
El Aya. (M. de T. Calamita.)
La comedia de Ubrique. M. de Ruiz y Calamita.
¿Quién es el Calvo? M de Mangiagalli (1)
El Sansón de Alfajarin. (M. de L Concote

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Los dos gemelos, novela.
El amante misterioso, novela.
Historia del Teatro.
La batelera, leyenda.
Amores de ferrocarril, leyenda.
El primer Borbón, novela (1).

---

(1) En colaboracion con Croselles.
(1) Se publica eu Manila.
(1) En co aboración con G. Merino.

EL SANSÓN DE ALFAJARÍN

zarzuela en un acto y en verso

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE ZUMEL

MÚSICA DE

DON LUIS CONROTE

Representada en el TEATRO ROMEA, el 18 de Abril de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	Doña	Julia Pastor.
LA TÍA CAÑETA	»	Jovita Rodés.
PILAR	»	María Rodríguez.
LUGAREÑA 1.ª	»	Elisa Álvarez.
MÓNICO, el Sansón	Don	Ramiro Cabarro.
ROBERTO, guerrillero	»	José Martín Valle
GARCÉS	»	Fernando Estrella
DON JUAN	»	Saturnino Casas.
MR. DRULOIS	»	Francisco Belver.
UN SOLDADO FRANCÉS	»	N. N.

Lugareñas aragonesas.—Soldados franceses y guerrilleros.

La acción se supone en Alfajarin, lugar de ciento veinte vecinos á tres leguas de Zaragoza en el año 1813.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Patio de una posada. Una tapia cierra el foro, con puerta en el centro; telón de plaza de pueblo; á la derecha, cerca de la puerta de la tapia, un árbol; á la derecha, primer término, puerta grande que figura da á las cuadras; á la izquierda puerta que va al interior de la posada.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS, PILAR y LUGAREÑAS ARAGONESAS

MÚSICA

CORO. ¿Qué nuevas traes?
¡Cuenta, Garcés!
GARCES. ¡Todas son buenas
por esta vez!
CORO. ¡Habla, que estamos
con ansiedad!
GARCES. ¡Pues lo que ocurre,
voy á explicar!

¡Van de baja los franceses,
que no pueden sufrir más
los contínuos varapalos

678430

que les damos sin cesar!
¡En Vitoria les zurraron,
y hacia Francia con afán
se largó Pepe Botella
para no volver jamás!
¡Ya de Valencia
marcha Suchet;
esto se acaba
ya de una vez!
¡Viva la patria
que heróica es,
que lucha y muere
para vencer!

CORO. ¡Viva la patria,
que heróica es!
que lucha y muere
para vencer!

GARCES. A París acosa Mina
y tal vez pronto entrará
en la heróica Zaragoza
que esta vez no luchará
defendida por franceses,
con la rabia y decisión
que la defendieron antes
nuestros bravos de Aragón,
Y ese París
el general,
en Zaragoza
sucumbirá.
¡Viva la patria
que heróica es,
que lucha y muere
para vencer!

CORO. ¡Viva la patria
que heróica es, etc.!

HABLADO

PILAR. ¿Pero es verdad lo que dices?
GARCES. ¿Que si es verdad? ¡Ya lo creo!

Son noticias oficiales
que he adquirido recorriendo
y husmeando sin cesar
por los inmediatos pueblos.
En retirada al francés
por todas partes lo vemos.
La sangre que en Zaragoza
se vertió con ardimiento;
la de Gerona, y también
Tarragona y otros pueblos
y la gente que han perdido
por nuestro valiente esfuerzo,
los han convencido al fin
de que fué vano su empeño,
y como perros con mazas
á Francia se van volviendo.

TODAS. ¡Viva!

GARCES. ¡Sí! ¡Vivan los hijos
que á su patria defendieron!
Y por aquí, ¿qué noticias
corren? ¿Cómo no veo
al Sansón de Alfajarín
en su mesón?

PILAR. Por adentro
anda.

GARCES. ¿Y la tía Cañeta?

PILAR. Esa, no está. (Con misterio.)

GARCES. ¡Cómo es eso!

PILAR. Porque hace unos quince días,
estando todos durmiendo
(Se presenta don Juan al foro, y al oir el relato, se oculta tras del árbol.)
en el lugar, presentóse
en la plaza con misterio
un grupo de fuerza armada,
que debió ser de los nuestros,
conduciendo una camilla...

GARCES. ¿Con algún herido?

PILAR. Creo
que sí; pues bueno; llamaron
en este mesón; abrieron
á poco, y se presentó

Mónico, el Sansón; hablaron,
y Mónico se entró dentro;
salió con la tía Cañeta,
y todos juntos se fueron
llevándose la camilla
á aquel caserón desierto,
porque dicen que hay en él
fantasmas. Yo no lo creo.

GARCES. Pero díme, ¿cómo tú
has sabido todo eso?

PILAR. Tenía yo aquella noche
un dolor de muelas, bueno;
y no pudiendo dormir,
me vestí. Pero sintiendo
á las dos de la mañana
rumor extraño, al acecho
me puse tras de los vidrios
de mi ventana; cuando ellos
se marcharon de la plaza,
bajé... los seguí...

GARCES. ¡Comprendo!

PILAR. Y ví á Mónico que abrió
del caserón grande y viejo
la puerta; entraron en él.
A poco, vi que salieron
los hombres armados.

GARCES. ¡Ya!

PILAR. Y Mónico quedó dentro
con la tía Cañeta

GARCES. ¿Y bien?

PILAR. Me volví á mi casa; y luégo
apenas rayaba el alba,
ví que Mónico volviendo
al mesón, sacó el caballo,
montó y se marchó del pueblo.
Cerrado estuvo el mesón
todo el día.

GARCES. Extraño es eso.

PILAR. Como yo soy tan curiosa,
el dia pasé en acecho
y la noche, hasta que al fin
con cautela y en silencio,

con los cascos del caballo
entrapajados, por miedo
de ser sentido, llegó
Mónico el Sansón, trayendo
en las ancas una moza...

GARCES. (Hace un gesto como extrañando que de noche conociera que era moza.)

PILAR. Me pareció por su aspecto,
aunque cubierta venía
con un largo manto negro.
Abrió el mesón; el caballo
dejó en él y después fueron
al caserón; allí ella
se quedó; Mónico ha vuelto
á sus quehaceres; la tía
Cañeta, no; y cuando hemos
preguntado, nos ha dicho
el forzudo mesonero,
que ha marchado á las Casetas
para cuidar un enfermo;
un pariente á quien espera
heredar, ¡famoso cuento!

ESCENA III

LOS MISMOS y DON JUAN, oculto.

JUAN. (Por casualidad acaso
he dado con el secreto.
Si esa mujer es María,
es el herido Roberto.)

GARCES. No hay duda que en lo que cuentas
debe haber algún misterio,
y no es prudente contarlo...
(Sale don Juan de detrás del árbol.)

PILAR. ¡Ya lo sabe todo el pueblo,
vaya! ¡Bonita soy yo
para guardar un secreto;
si pronto no desembucho,
me parece que reviento!

GARCES. Con todo... (Viendo á don Juan.)
¿Pero quién es?

PILAR. Un señor, y forastero.
GARCES. ¿Qué se le ofrece? ¿A qué entra
tan silencioso?
JUAN. En efecto;
estábais muy ocupados
y no quise distraeros
GARCES. Es que á dar los buenos días
se acostumbra en este pueblo.
JUAN. Como mis dias son malos,
nunca podré darlos buenos.
GARCES. ¿Mas qué buscáis?
JUAN. Está claro
que cuando á este mesón vengo,
busco al mesonero.
GARCES. Bien.
Voy á llamarle.
(Vase por la puerta de la izquierda.)
JUAN. Agradezco...
PILAR. Nosotras, vámonos ya. (A las otras.)
LUG. 1.ª (¡No me gusta el forastero!)
(Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA IV

DON JUAN, después MONICO y GARCÉS

Roberto tiene que ser
el herido; ella, María;
cerca de aquí se ha quedado
vigilando la campiña,
destacamento francés,
y el jefe me dará albricias
si le digo que se oculta
en esta endiablada villa,
un terrible guerrillero
y que le entrego su vida:
acabaré con su amor
vengándome de María.
GARCES. Hé aquí al señor que te busca.
MONICO. Pues bien. Lo que quiera diga.
GARCES. ¿Es usted el mesonero?

MONICO. Lo he sido.
GARCES. ¿Cómo se explica?...
MONICO. Como cuando los franceses
vinieron me hicieron trizas
camas y muebles, y á más
los trastos de la cocina,
este mesón no es mesón
ni á nadie es posible sirva.
Y como mesón no es,
la cosa es clara y sencilla:
no soy mesonero ya.
JUAN. Alojamiento quería
y para eso le buscaba;
es sólo por unos días.
MONICO. Ni por horas me es posible
alojarle; está baldía
la casa; ni mozos tengo,
ni criadas, ni familia,
ni camas, ni habitación
que pueda ofrecerle limpia;
como todo lo rompieron,
gabachos que Dios maldiga...
JUAN. ¿Cómo se ensañaron tanto
con su mesón?
MONICO. Se adivina;
porque estaban muy furiosos
contra mí, con tanta tirria...
JUAN. Les darías motivo.
MONICO. ¡Claro!
Con algunos me fuí arriba,
y del castillo de Alfat
me hice fuerte en las ruïnas.
Allí batimos el cobre,
y al fuego que ellos me hacían,
yo contestaba con piedras,
así... ¡de sesenta libras!
JUAN. ¿Tan grandes?
MONICO. Tengo tal fuerza,
que por acá me apellidan
el Sansón de Alfajarín.
Y cuando el caso me obliga,
mis brazos son...

JUAN. ¡Ya!
MONICO. Una máquina antigua,
conque dicen que romanos,
ó griegos, la guerra hacían,
y que llamaban... llamaban...
no es posible que lo diga:
no me acuerdo... Cata...
JUAN. Sí.
Catapulta.
MONICO. Pues, ¡la misma!
Pues eso mis brazos son.
Viendo impotente su ira
y aplastados sus soldados
con piedras de sillería,
y no pudiendo cojerme,
hicieron aquí la ricia,
y rompiendo los cacharros
probaron su valentía.
JUAN. ¿No hay más mesón en el pueblo?
MONICO. Ninguno.
GARCES. Mas no se aflija:
lléguese á casa del cura
y á ese su apuro le diga:
le dará hospitalidad.
JUAN. Si usted su casa me indica. .
GARCES. Venga usted.
(Sube al foro y desde allí le señala adentro.)
Siga esa calle
y dé la vuelta á la esquina;
verá la iglesia y al lado
una pequeña casita
con una parra á la puerta,
y allí es.
JUAN. (Sin dejar de mirar á Mónico.)
Gracias.
MONICO. (Me mira
de tal manera este tío...)
JUAN. (Voy á avisar en seguida
á los franceses; muy pronto
he de encontrar á María.)

ESCENA V

MÓNICO y GARCÉS

MONICO. ¡Muy poco, en verdad, me agrada
este pájaro!
GARCES ¡Ni á mí!
Desde el punto en que lo ví
me gustó muy poco ó nada. (Pausa.)
Pero, díme, ¿eres mi amigo?
MÓNICO. ¡Otra! ¿Pero eso á qué viene?
GARCES. Porque no lo es el que tiene
algún secreto conmigo.
MONICO. ¿Yo secreto?
GARCES. ¡Ya se vé!
Un herido, una tapada
que allá, en la casa encantada
se esconden; ¡todo lo sé!
MONICO. Como hasta ahora á venir
no acertaste, todo eso
que es la verdad te confieso,
no te lo pude decir.
GARCES. Yo sé cómo aquí trajeron
al herido y te llamaron;
cómo allí le trasladaron,
y cómo después se fueron.
Y cómo, al rayar el día,
tú partiste del lugar;
cómo á la noche, al tornar,
ella contigo venía.
MONICO. ¡Lo sabes muy bien, es cierto!
Pues bien; aquel hombre herido,
que por mí amparado ha sido,
es un héroe. Ese es Roberto
Vidales, que en la partida
de Juan Martín alistado,
ha combatido y jugado
en graves lances la vida.
Aumentando sus vilezas
esos franceses arteros,
de los bravos guerrilleros

pregonaron las cabezas;
si á ese cogen, sin piedad
le han de fusilar después,
porque el distintivo es
de esa gente la crueldad.
Por eso lo llevé allí
donde escondido estuviera,
porque más expuesto fuera
haberle curado aquí.
La mujer es una dama
de la Almunia que á avisar
él me mandó sin tardar,
y por lo visto, le ama.
Porque, afligida al oir
que Roberto estaba herido,
con ánimo decidido
quiso á su lado venir.
Quince días hace ya
que le guardo, á mi entender;
gracias á ella y mi mujer
el hombre curado está.
Y con el favor de Dios,
para evitar lance serio,
si vinieron con misterio,
con él partirán los dos.
Pero díme: ¿cómo tú,
que ausente de aquí te hallabas,
has sabido?...

GARCES. ¡No pensabas
te acechaba Belcebú!

MONICO. ¡Otra! ¿Qué, el diablo anda aquí?

GARCES. Más que diablo puede ser;
que á una curiosa mujer,
y á más habladora, oí
la aventura relatar
ante otras; por de contado,
tu secreto, tan guardado,
lo sabe todo el lugar.

MONICO. ¡Por vida é la Pilarica!

GARCES. Y hay otra cosa peor...

MONICO. ¡Explícate, por favor!

GARCES. ¡Y que ya en historia pica!

Aquí mismo la contaba,
y, muy silencioso, entró,
y sospecho que algo oyó,
el señor que te esperaba.

MONICO. ¿Qué dices? ¿Será verdá?

GARCES ¡Ese tío es zorro viejo!
Yo, Mónico, te aconsejo
te pongas en guardia ya.
Que hagas que parta de aquí
esta noche el guerrillero.

MONICO. Tienes razón. Ya no espero
á mañana.

GARCES. Siendo así... (Se oyen cornetas.)

MONICO. ¿Escuchas?

GARCES. ¡Cornetas son!

MONICO. ¿Qué tropa vendrá?

GARCES. ¡No sé!

MONICO. Yo temo...

GARCES. ¡No sé por qué,
me recelo una traición!

ESCENA VI

DICHOS y PILAR, muy asustada.

PILAR. ¡Mónico! ¡Garcés!

MONICO. ¿Qué pasa,
mujer, que vienes temblando?

PILAR. Los franceses...

MONICO. ¡Ah! ¿Son ellos?

PILAR. En el lugar han entrado.

MONICO. (¡Voto va! ¡No será tiempo
de poner á ese hombre en salvo!)

PILAR. ¡Los he visto! Con el jefe
de la tropa viene hablando
el forastero que estuvo
aquí mismo há poco rato.

GARCES. ¡Todo lo oyó! ¡Tu imprudencia,
al hablar, nos ha matado!

PILAR. ¡Ay de mí! ¿Será posible?

MONICO. (Levantando el puño cerrado sobre ella.)

¡No sé cómo no te aplasto!

PILAR. (Retrocediendo asustada.)
¡Ay, por Dios! ¡Aquí se acercan
los enemigos! ¡Me escapo!
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

MÓNICO, GARCÉS, DON JUAN, DRULOIS y SOLDADOS FRANCESES

MÚSICA

DRUL. Guarden la puerta
con precaución;
cerque la fuerza
todo el mesón.

CORO. La guardaremos
con precaución;
muy bien cerrado
queda el mesón.

DRUL. No salga nadie,
nadie ha de entrar,
no lo permite
mi autoridad.

JUAN. Ese hombre es el que ha osado
encubrir á un guerrillero,
y el que, á más, á ilustre dama
atrevióse á arrebatar.
Que la vuelva yo le exijo
y se lo debéis mandar,
que por eso he recurrido
ahora á vuestra autoridad.

DRUL. Si ese hombre es el que ha osado
encubrir á un guerrillero,
yo sé bien lo que en el caso
es prudente ejecutar.
Pero si á una ilustre dama
atrevióse á arrebatar,
ese caso no castiga

la ordenanza militar.

GARCES. Bien había sospechado
que el astuto forastero
el secreto que contaban
se ocultó para escuchar.
Como pueda yo le afirmo
que su infamia ha de pagar,
y que á Mónico si puedo
con valor he de ayudar.

MONICO. Como pueda, yo le afirmo
que su infamia ha de pagar,
este espía afrancesado
que mi puño ha de aplastar.

CORO. Pues si al fin hemos logrado
con la buena pista dar
del osado guerrillero,
se le habrá de fusilar.

—

DRUL. Al punto me diga,
señor mesonero,
el vil guerrillero
que encubre dó está.
Que oculte es en vano
de hoy más su guarida;
¡hablad en seguida,
lo mando!

MONICO. ¡Pues ya!

CORO. Callarse el baturro,
como es atrevido
habrá decidido,
y al fin hablará.

—

DRUL. Si es que se calla
con decisición,
usaré al cabo
todo rigor.
Así no espere
la salvación,
porque su causa
será peor.

JUAN. Si es que se calla
con decisión,

use sin duda
todo rigor;
y pues que busca
la salvación
del guerrillero,
¡mueran los dos!

GARCES. Este es un Judas
de maldición;
afrancesado
de condición.
¡Dios le confunda
por vil traidor,
muera rabiando
de un torozón!

MONICO. ¡Dios le confunda
por vil traidor,
muera rabiando
de un torozón.

CORO. Y pues que busca
la salvación
del guerrillero,
¡mueran los dos!

HABLADO

DRUL. ¿Dónde el guerrillero está?
¡Vamos! ¡Sin perder el tiempo!

MONICO. Yo no sé de qué me habla,
ni sé de tal guerrillero;
es un falso testimonio
que levanta ese estafermo.
Que yo soy un pobre diablo
que en intrigas no me meto,
ni hago daño á nadie, ni...

JUAN. Señor capitán, yo puedo
dar noticias de este hombre.

MONICO. ¿Y cómo? ¿Si hace un momento
me ha visto por vez primera
y es del lugar forastero?

JUAN. En el castillo de Alfat
se hizo fuerte há poco tiempo.

Escondido entre las ruínas,
así resguardando el cuerpo
y tirando enormes piedras
á los franceses, ha hecho
más extragos que otros muchos
con sus balazos hicieron.

DRUL. ¡Ah! ¡Conque tú, miserable,
eres el vil traicionero
que abusando de tu fuerza
mataste mis compañeros
de armas!

MONICO. Me defendí
como pude; ¡y qué tenemos!
¡traicionero me ha llamado!...
¡Cara á cara y con denuedo
por defender á mi patria
he luchado! ¡Traicionero!
¡Eso lo fuísteis vosotros!
Con numerosos ejércitos
y como amigos vinísteis,
y así que ocupásteis pueblos,
ciudades y plazas fuertes
juzgándolo todo vuestro,
nos declarásteis la guerra.
Si el emperador, artero,
nos la hubiera declarado
sin entrar en nuestro suelo,
no os hubiera sido fácil
el paso del Pirineo.
¡No faltara un Roncesvalles
como lo hubo en otro tiempo!
¡Entrásteis por la traición,
y franca amistad fingiendo,
dijísteis: ya hemos entrado;
en nuestro poder tenemos
plazas fuertes y ciudades,
muy aguerridos ejércitos,
y por tanto es pan comido
y todo aquí será nuestro...
¡Pero olvidásteis, señores,
que en este valiente pueblo,
cada español es un héroe,

un castillo cada pecho;
cada bosque, cada piedra,
cada escabroso sendero,
otros tantos baluartes,
donde arrojados sabemos
defendiendo nuestra patria
de ambiciosos extranjeros,
morir ó vencer altivos
y rendirnos sólo muertos!

GARCES. ¡Bravo, Mónico! (Él se pierde,
mas le admiro.)

JUAN. No comprendo
cómo toleráis...

DRUL. Así
te veré rendido presto.
Tu audacia no te valdrá
ni tu fuerza. Mas primero
me has de decir...

MONICO. ¡Nada digo!
Me callaré como un muerto;
así cuando me matéis
eso adelantado tengo.

DRUL. ¿En dónde está tu mujer?

MONICO. ¿Qué mujer?

DRUL. ¡Contesta presto!
¿Dónde está tu mujer, digo?

MONICO. ¡Mi mujer! esa se ha muerto,
con perdón de usté!

DRUL. ¡Eso es falso!

MONICO. ¿Que es falso?

DRUL. Sí, lo sabemos.

JUAN. Por una casualidad
yo señor, he descubierto
que en este lugar existe
un caseron grande y viejo,
al que la gente ignorante
ve con temor y respeto,
porque en él dicen que hay duendes
y fantasmas. Pues bien; dentro
de ese cáserón se oculta
el maldito guerrillero,
y la dama que ha robado

ese hombre...

MONICO. ¡Eso no es cierto!

JUAN. Y su mujer...

MONICO. ¡Cá!

JUAN. Le curan
sin duda con gran esmero.

DRUL. ¿Esa dama, es cosa vuestra?

JUAN. Aún no, pero debe serlo.

MONICO. ¡Pues parece que no quiere!

JUAN. ¡Calle, imbécil!

MONICO. ¡Compañero!
Y si con ella os casáis
por las mudanzas del tiempo,
presumo que con San Marcos
vais á tener parentesco.

DRUL. ¡Basta! ¡Que tanta insolencia,
no sé cómo le tolero!
¡Esa casa de los duendes,
visitarla al punto quiero;
llevadnos allá!

MONICO. ¡Señor,
mucho á las fantasmas temo;
y como soy tan medroso,
francamente, no me atrevo!

DRUL. ¿Te burlas de mí, villano?

MONICO. Creo que sí.

DRUL. ¡Viven los cielos!
¡Pues te juro que tus burlas
no durarán mucho tiempo!

MONICO. Como me queda tan poco,
quiero aprovecharlo.

DRUL. Bueno.
Atado vendrás allí.
Muy fuertes cuerdas traemos:
y si por buenas no vienes,
irás arrastrando: luégo
se te formará sumaria
y morirás como un perro
por encubridor...

MONICO. ¿Quién, yo?

DRUL. ¡De un infame guerrillero!

MONICO. Ya he dicho que no es verdad.

DRUL. ¿Conque lo niegas?
MONICO. Lo niego.
DRUL. ¡Júralo!
MONICO. El señor cura
me tiene dicho hace tiempo
que jurar es un pecado,
y no juro, porque peco.
DRUL. ¡Soldados! ¡vengan las cuerdas
y atadlo bien fuerte!
MONICO. Bueno.
GARCES. (Pobre Mónico, ¿y á mí
qué me harán? Mucho me temo...)
SOLD. Ya está atado.
MONICO. ¿Así estoy bien?
Pues mirad. Me escapo.
(Da un fuerte estrechón, rompe las cuerdas salta á la puerta del foro, da un manotazo á cada uno de los Soldados que están en la puerta y caen rodando, y él escapa por el foro.)
DRUL. ¡Cielos!
JUAN. ¡Rompió la cuerda y se va!
DRUL. Sigámosle. Hacedle fuego.
(Salen todos tras él y se oyen algunos disparos.)
CARCES. Los burló. Pero le tiran.
Si le aciertan... ¡Vamos presto!
¡que como pueda ayudarle,
le ayudaré, vive el cielo!

CUADRO SEGUNDO

Selva ó calle muy corta.

ESCENA PRIMERA

PILAR y LUGAREÑAS

MÚSICA

CORO. Los franceses otra vez
han entrado en el lugar,
y Dios sabe lo que ahora
los malvados osarán.
¡Ahora estamos indefensas
las mujeres por acá,
que los mozos han marchado
por su patria á pelear!
Sólo los viejos,
los impedidos
nos han quedado
tristes aquí.
Y me parece
que todas juntas,
de los gabachos
hemos de huir.

HABLADO

PILAR. Sólo Mónico el Sansón
en su mesón se encontraba;

no sé lo que pasaría,
pues yo desde mi ventana,
como siempre fuí curiosa,
al acecho me encontraba.
Ví unos franceses entrar;
otros el mesón cercaban;
pasó un buen rato, y después
ví que Mónico escapaba
y que detrás los franceses
le seguían, y con rabia
le hicieron varios disparos.

LUG. 1.ª ¿Le hirieron?

PILAR. No sé.

LUG. 1.ª ¡Pues vaya!
¡creo que todas debemos
meternos en nuestras casas
y estarnos muy calladitas
y con las puertas cerradas!

PILAR. Menos riesgos correremos
que andando á la desvandada;
que si topamos con ellos...

LUG. 1.ª Tienes razón.

TODAS. ¡Sí, sí! ¡á casa!
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

MÓNICO, saliendo con precaución por la derecha, y GARCÉS

GARCES. Por milagro te libraste.

MONICO. ¡Es verdad! ¡Que aunque tiraban
fué mala la puntería
y no me dieron sus balas;
y corriendo como un gamo
he dado revueltas tantas
por plazas y callejuelas,
sembrados y encrucijadas,
que al fin perdieron mi pista
por ahora Pero no para
la cosa aquí; es necesario

que salvemos sin tardanza
al guerrillero.

GARCES. ¿Y si ya
han llegado por desgracia
allí los franceses?

MONICO. ¡Mira!
Del caseron á la espalda,
está la casa del Rollo,
nuestro amigo.

GARCES. Si él se halla...

MONICO. ¡Sí! ¡Ya lo sé! ¡Combatiendo
como un bravo por su patria!
¡Pero allí está la Simona
su mujer!

GARCES. ¡Sí está!

MONICO. Pues anda,
que desde allí pensaremos,
y según las cosas vayan,
cómo hemos de libertar
al fugitivo.

GARCES. Sí.

MONICO. ¡En marcha!

(Se van por la izquierda.)

CUADRO TERCERO

Sala de un antiguo palacio de pueblo; al foro una ventana con reja por la que se verá el remate del caballete de un tejado; á la derecha, en primer termino, balcón; en segundo, puerta de entrada; á la izquierda, puerta de una alcoba; sillas antiguas en mal estado, un sofá hacia el foro á la derecha; esta puerta debe abrirse hacia el escenario.

ESCENA PRIMERA

ROBERTO y MARÍA

MÚSICA

MARIA. ¡Marcharte quieres?
ROB. Preciso es,
pues en el pueblo
entró el francés.
MARIA. Nadie ha sabido
que estás aquí.
ROB. ¡Temo que vienen
sólo por mí!

—

MARIA. ¡Tú, Roberto, eres mi vida
mi esperanza y mi ilusión;
y si sales y te pierdes,
morirá mi corazón!
¡No es posible que te vayas
sin buscar tu perdición,
y aquí oculto nadie sabe
que tu vida guardo yo!

ROB. ¡Tú eres ángel de mi vida
mi esperanza y mi ilusión,
y por no perderte, quiero
alcanzar mi salvación!
¡Es posible si me quedo,
que halle aquí mi perdición
porque acaso ya se sabe
que me ampara esta mansión!

—

MARIA. Si los franceses
han invadido
según parece,
todo el lugar,
es imposible
que salir puedas
sin que tus huellas
logren hallar.

ROB. Aunque parece
que han invadido
esos franceses
todo el lugar,
tal vez de noche
salir consiga
sin que mis huellas
logren hallar.

—

MARIA. Mas si sales
por desdicha,
centinelas
ha de haber,
y has hallarte
tú perdido,
bien querido
si te ven.

ROB. Si no salgo
por desdicha,
y si llegan
á saber
dó me oculto,
si me buscan
han de hallarme
bien lo ves.

LOS DOS. De tus brazos
me arrancaran
y mataran
mi pasión.
Que un instante
no viviera
sin la dicha
de tu amor...

HABLADO

(Golpes de aldaba como en la puerta de la calle.)

ROB. ¡Calla un momento, María!
¡Llamando pienso que están!

MARIA. ¡Y aumentando con porfía
los golpes! ¡Oh, qué agonía!
¿Mas qué será lo que pasa?

ROB. Mi temor era fundado;
los franceses que han llegado,
(Mirando por el balcón.)
están llamando en la casa.
¡Mira, desde aquí se ven!

MARIA. ¡No te asomes! ¡Ven acá!
(Tirando de él para apartarlo del balcón.)
¿Quién defenderte podrá
si á tí te buscan, mi bien? (Con desesperación.)

ESCENA II

DICHOS y la TÍA CAÑETA

CAÑETA. ¡Válgame la Pilarica;
el señor está perdido;
que está aquí cómo han sabido
los franceses, no se explica!
Há un momento que llegaron
y cogiendo el aldabón,
en la puerta con tesón
y con gran furia llamaron;
al punto al zaguán me fui

y con un acento fiero,
que hablaban del guerrillero
detrás de la puerta oí.
¡Y la van á derribar!

MARIA. ¡Dios de mi alma!

CAÑETA. Entonces vengo...

ROB. ¡Y por desgracia no tengo
un arma para lidiar!

CAÑETA. Á avisaros lo que pasa. (Va á la puerta.)
Sin duda ya la forzaron;
los malditos penetraron;
se oyen dentro de la casa.

ROB. ¡Soy perdido sin remedio!

CAÑETA. ¡Nuestro secreto han vendido!

MARIA. ¡Santo Dios!

CAÑETA. ¿Y quién ha sido?

ROB. ¡Ya de salvarse no hay medio!

CAÑETA. ¡Llegan aquí! (En la puerta.)

MARIA. ¡Yo estoy yerta,
me está matando el terror!

ROB. ¡Mi María, ten valor!

CAÑETA. En tanto cierro esta puerta.
¡Esa ventana con hierros!
¡Es imposible salir! (Al balcón.)
¡por aquí no puede huir,
que están abajo esos perros!

MARIA. ¡Ay de mí, Roberto mio!

ROB. ¡Todo concluyó, María;
bien lo que ocurre temía!

MARIA. ¡Te persigue el hado impío!

CAÑETA. (A la puerta.)
Ya están aquí. (Golpes en la puerta.) ¡Llaman!

ROB. (Con rabia.) ¡Oh!

CAÑETA. ¿En dónde mi hombre estará?
¡y cómo se gozará
(Aparece Mónico en el tejado fuera de la reja.)
quien el secreto vendió!
Atranco la puerta así.
(Arrastra el sofá delante de la puerta.)

MARIA. ¡Esa alcoba sin salida;
huye mi bien, por tu vida!

ROB. ¿Mas por dónde?

MONICO. (Arrancando la reja.) ¡Por aquí!...
(Al arrancar la reja caen ladrillos y cascote.)
MARIA. ¡Ah! (Grito de alegría.)
ROB. ¡Gracias!
CAÑETA. (Con orgullo.) Es mi Sansón.
(Siguen los golpes en la puerta de la derecha.)
MONICO. ¡Bajad por ese tejado:
que Garcés abajo está
y pronto le salvará!
¡Pues todo está preparado!
ROB. ¿Y María?
MARIA. ¡Vete tú!
ROB. Es que yo temo perderte.
MONICO. No está en peligro de muerte;
¡bajemos, por Belcebú!
ROB. Si en ella se vengan... ¡oh!
MON. Tranquilo puede dejarla;
que en caso, para ampararla,
decidido quedo yo.
ROB. ¡Adios!
(Vanse los dos por el tejado; siguen los golpes en la puerta.)
MARIA. Adiós, ¡que tu guía
sea!

ESCENA III

MARIA, la TIA CAÑETA, después DON JUAN, DRULOIS y SOLDADOS.

CAÑETA. ¿No le ha de guiar?
¡y la Virgen del Pilar
marchará en su compañía!
MARIA. ¡La puerta cede!
(Se ve entreabrirse la puerta y empujar el sofá.)
CAÑETA. ¡Ya, sí!
Pero el pájaro voló,
porque la jaula rompió
mi hombre.
JUAN. (Saliendo.) Se hallará aquí.
DRUL. ¡No está!
JUAN. ¿Que no está?

DRUL. (A María.) ¡Decid!
¿Dó se oculta el guerrillero?
JUAN. Señor, mirad esa reja
arrancada.
DRUL. ¿Cómo? ¡Es cierto!
JUAN. Se ha escapado por allí,
pero no ha de estar muy lejos.
DRUL. Bajad por ahí á buscarle,
(A dos soldados que se van por el tejado.)
que yo iré en su seguimiento.
¡Juro que le he de encontrar,
aunque le oculte el infierno!
(Vase con los otros soldados por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

MARIA, DON JUAN y CAÑETA

MARIA. ¡Ay de mí!
JUAN. Por fin, María,
ya cara á cara nos vemos.
MARIA. ¿Y bien?
JUAN. ¡Y bien! Que yo he sido
el que descubrió el secreto
del asilo de ese hombre;
yo lo delaté, y le pierdo.
MARIA. ¡Digna hazaña!
CAÑETA. (En segundo término.) (¡Si mi hombre,
que no debe estar muy lejos,
viniera y de una puñada
aplastara á este estafermo!)
JUAN. Soy tu tutor.
MARIA. Ya lo sé.
JUAN. Y exactamente cumpliendo
con la última voluntad
de tu padre, ya dispuesto
estaba todo, lo sabes,
para nuestro casamiento.
Pero luégo has conocido,
no se dónde al guerrillero,
y loca huyendo de casa,

manchando tu honor...

MARIA. ¡No es cierto!
Con la conciencia tranquila,
levantar mi frente puedo.
El amor desconocía,
y ahora adoro á mi Roberto.
¿Casarme yo con usted?
¡Eso, jamás!

JUAN. ¡Lo veremos!
Así lo mandó tu padre.

MARIA. Si mi padre desde el cielo,
que era español ante todo,
viera lo que usted ha hecho,
al que es traidor á su patria
no le aceptara por yerno.
Yo sólo seré la esposa
de mi valiente Roberto.

JUAN. Tu amante se halla perdido,
y no saldrá de este pueblo
sin que por esos franceses
se halle detenido y preso.
Y como está pregonado,
como bien sabes, por ellos,
lo pasarán por las armas
sin formación de proceso;
por tanto, muere con él
tu amor desdichado y necio.

MARIA. Pues sabed que aunque le maten,
siempre quedará en mi pecho
este amor, y siempre fijo
guardaré aquí su recuerdo.
Puede ústed vanagloriarse,
que al enemigo soberbio
de la patria, vende infame
al valiente guerrillero,
al héroe su defensor,
usté afrancesado artero.
¿Y yo había de ser su esposa?
¡Jamás!

JUAN. Como en tanto tengo
autoridad sobre tí
como tutor, y derecho,

por ahora vendrás conmigo.

MARIA. Lo que es con usted, no vuelvo.

JUAN. Yo te llevaré á la fuerza.

(Da un paso hacia ella; la Tia Cañeta se interpone.)

CAÑETA. ¿A la fuerza? Lo que es eso,
la tía Cañeta está aquí
para estorbarlo.

JUAN. ¿Qué es esto?
¿Quién es usted?

CAÑETA. ¿Que quién soy?
La que defenderla debo.

JUAN. ¡Vive Dios! (Furioso.)

CAÑETA. Y pocos gritos,
porque no me da usted miedo.

JUAN. ¡Miserable! (Amenazándola.)

CAÑETA. ¡Poco á poco! (Cogiendo una silla.)
Conténgase, ó le prometo
que le largo un silletazo
que le deshago los sesos.

JUAN. ¡Vive Dios! ¡Es demasiado!
Yo sólo por ella vengo,
y aunque el infierno se oponga...

CAÑETA. ¡Que se opondrá!

JUAN. ¡Me la llevo!
Como no hay autoridades
en este mezquino pueblo
que cumpliendo con las leyes
hagan valer mi derecho,
yo me tomo la justicia
por mi mano. (Va á avanzar hacia María.)

CAÑETA. (Interponiéndose con la silla en la mano.)
No consiento...

JUAN. ¡Atrás! (Retrocediendo y sacando una pistola.)

MARIA. ¡Cómo! ¡Una pistola!

CAÑETA. Es usted un caballero
que amenaza á las mujeres...

MARIA. ¡Gran Dios!

CAÑETA. ¡Con armas de fuego!

(Aparece Mónico en la puerta de la derecha.)

JUAN. (Apuntándole) Atrás palurda, ¡ó disparo
sobre tí!

MONICO. ¡Vuela primero!

(Lo coge por detrás y lo tira por el balcón.)
¡Anda; saca pistolitas!

ESCENA V

MÓNICO, CAÑETA y MARÍA

CAÑETA. ¡Mónico! (Asustada de lo que ha hecho.)
MARIA. ¡Horror!
CAÑETA. ¿Qué has hecho?
MONICO. ¡Otra! ¡Estrellar á un traidor!
CAÑETA. (Al balcón.) Sin sentido está en el suelo
y acuden varias mujeres
y soldados.
MARIA. ¡Dios eterno!
CAÑETA. ¡Te has perdido!
MONICO. ¡Al miserable
lo castigo como puedo!
CAÑETA. (En el balcón.) Miran hacia este balcón
los soldados, y hasta creo
que van á subir aquí
según lo indican sus gestos.
¡Huye, Mónico!
MONICO. ¡No huyo!
CAÑETA. ¡Subirán!
MONICO. ¡Pues los espero!
¡Si no trajeran fusiles,
yo diera cuenta de ellos!
MARIA. ¡Me devora la ansiedad!
¿Se habrá salvado Roberto?
(Cornetas que tocan llamada.)
MONICO. Esas cornetas ahora
tocan llamada.
CAÑETA. (Al balcón.) Corriendo
van los soldados franceses.
MARIA. ¿Qué ocurrirá?
MONICO. No comprendo.
VOCES. (Lejanas.) ¡Viva España!
MONICO. ¡Viva España,
están gritando á lo lejos!
Voy á ver lo que sucede.
CAÑETA. (Al balcón.) Espérate, porque creo

que uno que corre hacia aquí
es Garcés.

MONICO. (Idem.) Lo es en efecto.
Algo extraordinario pasa;
de las casas van saliendo
las mujeres y los chicos.

CAÑETA. (Idem.) Es verdad. ¡Y hasta los viejos!
Al hombre que tú tiraste
se lo han llevado.

MONICO. ¡Bien hecho!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GARCÉS; á poco ROBERTO, GUERRILLEROS y LUGAREÑOS

GARCES. ¡Victoria! Tras los reveses
que en toda España han sufrido,
de Zaragoza han huído
espantados los franceses.
Mina los acorraló
poniéndolos en un tris,
y su general París
la ciudad abandonó.
Y los de aquí de repente
dejan huyendo el lugar,
por haber visto llegar
á Juan Martín con su gente.

MARIA. ¿Y Roberto?

GARCES. Ya con él
se habrá logrado reunir
y no tardará en venir.

MARIA. ¡Oh! ¡Mi ansiedad es cruel!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Juan Martín!

MARIA. (Con alegría.) ¡Ah!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva!

MONICO. (Al balcón.) ¡Miradlo! ¡Aquí viene ya!
¡libre del peligro está!
¡Arriba todos! ¡arriba!
(Salen Roberto, Guerrilleros y Lugareños.)

ROB. ¡María!

MARIA. (Corriendo á sus brazos.) ¡Roberto mío!
ROB. Ya para siempre en mis brazos,
dulces serán estos lazos
que cesó el destino impío.
A la par que del francés,
porque nuestro triunfo es cierto,
de tu tutor, porque ha muerto,
ya libre por fin te ves.
MONICO. Tras esta guerra obstinada;
tras tanta sangre vertida,
parte esa gente, vencida
por nosotros y humillada.
Porque el león español,
aunque se encuentre dormido,
con espantoso rugido
despierta á la luz del sol.
No fíen los extranjeros
en ver á España pequeña.
¡Sus hijos, ante su enseña,
siempre arrojados y fieros,
saben morir ó vencer!
¡Con histórico heroísmo,
á las voz del patriotismo
y de su santo deber,
triunfarán de su indolencia
con indecible valor,
para defender su honor
y su santa independencia!

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.